

LA PRINCESA DE DOS MUNDOS cap 1-4

M.M. Ibélíce



Image not found.

Capítulo 1

Prólogo

Los personajes de una historia son como los corceles que mueven un carruaje. Cada uno con un origen y una personalidad diferente, pero con la misma meta: ayudar al pasajero a culminar su propia aventura.

Capítulo 1 “La Niebla humana”

Dentro de la jardinera de cristal, una jovenzuela zarapastrosa escuchaba la conversación entre el general y su invitada.

— ¿Confías en ella, Boccam? — preguntó la mujer de rubia cabellera, observando la bruma condensada en el jardín.

— Completamente. Ella es un ser simple, como mis dragones voladores. Una vez entrenada, obedece ciegamente mis órdenes.

— ¿Entrenada? Yo no estaría tan segura. Las bestias jamás dejan de ser salvajes, ¿no temes que te traicione?

—En absoluto. Para traicionar requieres cierto grado de malicia, la niebla humana carece de inteligencia, ni siquiera entiende lo que decimos en su totalidad. Hablando de fieras salvajes, tú también tienes una en casa —rió.

—Cuidado Boccam, estás hablando de mi hija. Y ya que hablamos de familia, ¿a qué raza pertenece?, es difícil adivinarlo aún cuando toma una forma humana. Parece un revoltijo de trapos sucios y cabello enmarañado. ¿Cómo sabes que es hembra?

Boccam soltó una risita condescendiente.

— No tiene pueblo ni raza, ni familia. Es un ser único. Hace varios haabs (años) que vive entre nosotros, la encontramos vagando en el bosque. Ahora tiene un sitio donde descansar y un propósito: servirme como si fuera un lagudah (raza de reptiles). Le gusta esconderse entre las rocas, o expandirse en el suelo como alfombra. Ella jamás me abandonaría, porque aquí es feliz.

Shyomala sonrió.

—Parece que le tienes confianza, y si es así ¿por qué la mantienes encerrada?, ¿por precaución? Ustedes y nosotros, no somos tan distintos.

Lo que llamas precaución, nosotros le llamamos desconfianza. Y dime ¿dónde la encontraste?

La joven de la jardinera dejó de escuchar la conversación, y se sumió en sus pensamientos. Doce haabs atrás, cuando la gente de Boccam la encontró ella era apenas una niña débil, confundida y asustada. Estuvo inconciente varios kines (días), cuando recuperó el conocimiento descubrió que su cuerpo cambiaba de estado sólido a gaseoso por intervalos como si no estuviese segura de cuál forma escoger. En aquel momento no sabía si había nacido así o algo la había convertido en eso que los lagudahs llamaban la niebla humana, solo sabía que deseaba escapar. Miraba asustada a su alrededor, temblando por el frío de la cueva y por el hombre que en la penumbra observaba sus cambios físicos y de consciencia. Sintió terror de aquel ser de hocico chato, pero su cuerpo decaído se negó a obedecer. La falta de alimento la mantenía sin fuerza.

El hombre se acercó a colocar a su alrededor cuarzos que emitían una luz pálida y fría, y la alimentó con una sustancia parda que le provocaba arcadas al olerla. Él intentó alimentarla una y otra vez hasta que ella aceptó el brebaje.

Boccam mentía. Quien la encontró no fue él sino uno de sus sirvientes. Durante mucho tiempo aquel lagudah la cuidó. Entonces no recordaba nada, fue después de algunos kines, cuando al salir de la cueva empezó a recordar. Ella sí tenía recuerdos y todos se resumían a una sola persona: la princesa. Aún no sabía quién era, pero tarde o temprano encontraría la respuesta.

Boccam pensaba que ella solo sabia matar y encerrarse en el jardín. Él ignoraba que sí tenía una meta: hayar a la princesa para recuperar su memoria y regresar con su gente. Incluso se había dado un nombre: Nébula, la niebla humana que podía materializarse o flotar como una nube.

Nébula estaba convencida de que en algún lugar del universo habría seres como ella. Los buscaría, encontraría su origen, y cuando eso sucediera... dejaría a Boccam y a los lagudahs.

Capítulo 2. "Una raani diferente"

Las raanis de la tierra de Hari se caracterizan por ser siempre cálidas y amorosas.

Sus rostros se iluminan cuando sonríen, y jamás se les ve enojadas. Son serenas y sabias. Muestran constante interés por cada una de sus súbditas, y están en varios sitios a la vez.

Hippea era una raani diferente. Jamás Hari había tenido una soberana así. Su rostro inexpresivo nunca mostraba una sonrisa ni derramaba una lágrima.

Parecía haberse congelado el día que perdió a su hija Adelfa. Parecía que con Adelfa habían también desaparecido sus emociones y esperanzas. Había perdido la gracia, se movía como autómatas por el reino supervisando la defensa de éste y los viajes de búsqueda. Sin embargo, cuando observaba a las niñas cruzar el cielo montadas en pequeños discos voladores, su rostro cambiaba. Tal vez, porque le recordaban a la princesa. ¡Cuántos recuerdos de su pequeña volando o correteando por el jardín! Risas y travesuras constantes hasta que la estrella real apareció en su frente, entonces, todo cambió para Hippea.

Sus súbditas no podían culparla por su actitud, ¿quién no deseaba que Adelfa regresara viva a casa? Aunque no lo decían en voz alta, muchas se preguntaban si a Hippea la movía la preocupación por dejar una sucesora que cuidara el reino o era simplemente el dolor de matr.

Cualquiera que fuese el motivo, cientos de guerreras habían sido enviadas a recorrer toda tierra y mundo conocido, rastreando los lugares en donde pudiera estar la heredera, con la consigna de traerla viva.

—“Viva” —repetió para sí Hippea y su corazón latió con fuerza ahogándola por un momento—. Viva... o en todo caso, traer su cuerpo de regreso.

Capítulo 3 "Cambios"

Cielo y mar discutían con voces airadas. El agua bramaba furiosa, alzándose en un intento por alcanzar los relámpagos bailarines. En la tierra, los gritos de terror opacaban el ruido del mar. “¡Amarilis!”, le llamaron, y vio con espanto una ola gigantesca que se alzaba por encima de su familia. Trató de alcanzarlos, pero fue arrastrada hacia el fondo del mar por el oleaje; sus pulmones se compactaron y su mente se nubló.

Amarilis despertó sobresaltada.

Abrió los ojos y se levantó con cierta pesadez, tanteando el piso para alcanzar las sandalias de cuero y amarrárselas en la oscuridad. Se colocó un manto de lana en los hombros, y tomó la odiada pañoleta café que sus paters le obligaban a llevar siempre en la cabeza.

Salió al patio y sintió el aire fresco y húmedo. Tomó con cuidado la palangana de agua, como si le temiera al contenido, humedeció levemente las yemas de los dedos y se mojó el rostro.

La luna formaba una sonrisa en el cielo, era el momento antes del amanecer cuando aún no salían los primeros rayos del sol ni las aves

anunciaban la mañana con su canto. Al principio, se movió cautelosa, observando alrededor y midiendo cada pisada mientras amarraba el pañuelo para que le ocultara el cabello. Se estremeció al escuchar el lejano aullido de los perros salvajes de las montañas. No era miedo a las fieras lo que sentía, sino un miedo irracional a lo que pudiera encontrar en la oscuridad. Sabía que podía regresarse a su hogar, pero la necesidad de ver al Anciano del templo era más grande que su miedo.

Un grupo de campanillas rojas se arremolinaron delante de ella para alumbrarle el camino. Volaban en círculos formando enormes esferas de luz, y se dispersaban como si fueran fuegos artificiales. Alzó los brazos intentando tocarlas para saber qué eran exactamente, pero tropezó y cayó al suelo. Escuchó ruidos y, presurosa reanudó su marcha.

—Tras la oscuridad, llega la luz... cada luna tiene su amanecer —se dijo, aferrándose al manto de lana y a las palabras para darse valor.

Suspiró aliviada al reconocer la construcción cónica del viejo templo de la aldea. Al llegar, empujó con dificultad la puerta de la entrada. Una luz tenue se encendió de manera automática y la envolvió el suave aroma de las flores que los campesinos llevaban para los Mensajeros.

Parpadeó deslumbrada por la iluminación interna, y a gatas, buscó uno de los cojines que había esparcidos por el suelo y se sentó. Escuchó pasos que se acercaban a ella, pasos lentos y cansados; casi podía ver al viejo sabio arrastrar la túnica por el suelo.

El Anciano del templo la saludó por su nombre, se acomodó parsimonioso en un cojín, la miró con dulzura y la escuchó como si las palabras que salieran de aquella boca fueran lo más importante en su vida. Ella frotó el dorso de su mano izquierda, se acomodó la pañoleta sin levantar la vista, y le narró al viejo lo que había soñado; sin olvidar añadir las veces que se había repetido el sueño en los últimos kines, y la sensación de angustia que la acompañaba constantemente.

—Amarilis —le habló con cariño para tranquilizarla—, los sueños tienen un significado simbólico. Esa ola que te arrastra no significa que te tragará el mar, puede simbolizar un cambio en tu vida que es ajeno a tu voluntad. Renovaciones se dan a tu alrededor, porque al fin tu cuerpo ha decidido hacer la transición de niña a mujer. Tu cuerpo, tu mente y tus gustos se están ajustando a la nueva Amarilis. Esto hace que los demás te traten de manera diferente, y la sensación te provoca angustia.

— Naaa. ¡No es "eso"! no es que mi cuerpo se esté transformando —exclamó con fastidio. Nadie se había alegrado más que ella de que su cuerpo se hubiera tardado en dejar su forma de niña.

—Amarilis, los cambios son parte de la vida. Irás descubriendo poco a poco sus beneficios cuando aceptes esta etapa, verás que los Dyus te han bendecido con regalos que te hacen única. Cuando pongas en servicio esos dones, el miedo y la angustia desaparecerán; así que relájate, sonríe y disfruta cada kin.

—Usted... no entiende —bajó la cabeza resignada—. ¿Cómo puedo soñar algo que nunca he visto en mi vida? Jamás he salido de Dengren. No conozco el mar.

La sonrisa del Anciano se borró.

— ¿Qué le pasó a tu rodilla? —preguntó rápidamente, evitando tratar un tema que le estaba prohibido mencionar.

Amarilis alzó los hombros.

—Me caí.

— ¿Otra vez? Vamos a que te limpies, estás llena de lodo. Después te marcharás o tus paters se preocuparán por ti al no encontrarte en casa.

Antes de que ella protestara, el Anciano se levantó con una agilidad que no había mostrado antes.

Amarilis salió del templo con la pierna vendada y preguntas sin respuesta. A lo lejos, la cordillera grisácea se tornaba azul al ser bañada por los primeros rayos del sol; y en la aldea, las casitas blancas comenzaban a mostrar actividad por dentro. Volutas de humo contrastaban con el azul del cielo, llenando el ambiente con el aroma de la leña utilizada para cocinar. Hombres y mujeres entraban y salían para comenzar sus labores matutinas. Los hombres azuzaban los rebaños a pastar fuera del pueblo y de los sembradíos. Las mujeres y los niños acarreaban agua del pozo central hacia sus casas, mirando de reojo la pañoleta de la joven. En aquella región agrícola en donde la gente vestía prendas sin color, esa pañoleta era un lujo innecesario.

Amarilis frotó el dorso de su mano izquierda, verificó su pañoleta, y apresuró el paso mirando siempre al frente para evitar hablar con los aldeanos.

Aminoró el ritmo cuando vio a lo lejos los sembradíos de cebada que rodeaban su casa. Corrió al encierro de las ovejas para ordeñarlas. Su madre llegó más tarde cargando a la hija menor.

— ¿Fuiste al pueblo? —la miró fijamente, tratando de adivinar hasta el último detalle en los ojos de su hija mayor—, ¿y qué le pasó a tu rodilla?, ¿te peleaste nuevamente? ¡Amarilis! Tu padre aún está enojado por la

batalla de patatas que iniciaste en tu última visita a la aldea.

— ¡Las niñas de la aldea empezaron! Me aventaron patatas para tirarme al suelo y quitarme esta pañoleta. Solo me defendí.

—Tu defensa nos costó tres kines ayudando a un grupo de aldeanos muy molestos a bajar las patatas escondidas entre la paja de los techos. Tú perdiste una sandalia y estropeaste la única túnica que te quedaba bien.

—Cierto, pero ningún mechón de pelo se salió de su lugar, matr.

—¿Qué voy a hacer contigo? Te escapas y te peleas, regresas cubierta de arañazos y moretones como si no fuera suficiente ser el blanco preferido de todo los insectos a nuestro alrededor ¡Mírate esos brazos! Amarilis volvió el rostro, sabía el estado de sus brazos con las ronchas que le dejaba cada piquete de insecto. Leta se acercó a revisarle el vendaje, y su hija se apartó de manera hosca para seguir con sus labores matutinas. Del vendaje, sus ojos maternales pasaron al rostro redondo de bebé que no correspondía a la estatura de Amarilis, y a la vieja túnica de algodón que parecía quedarle más corta cada kin. Se aclaró la garganta, necesitaba hablar con ella de un tema que no sería de su agrado.

—Amarilis, la celebración de tu onomástico está cerca. Estás llegando a la edad en la que los jóvenes buscan esposa. Todos te miran cuando vas a la aldea... —Naaa —gruñó señalando su pañoleta—, es este trapo.

—Deja de comportarte como una niña. En un haab más, tu patr y yo empezaremos a aceptar propuestas de pretendientes para ti, y nadie vendrá si sólo sabes pelear o vagar por el bosque.

Amarilis hizo una mueca de disgusto y continuó ordeñando ovejas sin mirar a su matr. Aborrecía que le hablara de esa forma. Ella no quería crecer, no quería ser adulto, no quería pretendientes y por ningún motivo quería un esposo. Lo único que deseaba era que la dejaran vagar por los bosques, ¿qué importaba si llevaba el cabello suelto y enmarañado?, ¿qué más daba si traía raspones en todo el cuerpo? Leta continuó observando cuánto había crecido Amarilis. Las diferencias entre ella y sus pequeños fráteres se hacían cada vez más notorias.

Afortunadamente, salvo por el Anciano del templo, Amarilis no convivía con la gente de la aldea. Era una fierecilla indomable que vivía rodeada de animales; de lo contrario, ya hubiese descubierto la verdad.

La pequeña Uxta se retorció en los brazos de su matr, exigiendo que la bajaran; en cuanto lo consiguió corrió a los brazos de su fráter mayor para jalarle la pañoleta. Amarilis la desamarró para ella, descubriendo una larga cabellera roja con destellos dorados. De inmediato, los ojos tomaron el color del cabello. La chiquilla rió encantada por el espectáculo y Amarilis

complaciente la dejó jugar con su cabello. Cada mechón parecía una lengüeta de fuego que no quemaba.

Unas pisadas las volvieron a la realidad. Leta tomó a la pequeña Uxta entre sus brazos, y Amarilis presurosa se colocó la pañoleta café, cambiando nuevamente el tono de sus ojos.

Eas entró.

Vestía la túnica corta de los campesinos, y el largo cabello en una sola trenza. Sus rubias y abundantes cejas le daban una expresión de severidad, la cual se endulzó cuando vio a sus dos hijas. Se acercó sonriente a Uxta, quien forcejeaba entre los brazos de su matr, y le dio un pellizco suave en las mejillas; pero su sonrisa desapareció al mirar a Amarilis y percibir un olor a flores.

—Hueles al aroma que ponen en el templo los Ancianos. ¡Has estado en la aldea! —gruñó, al descubrir la venda que su hija traía en la rodilla.

Amarilis enmudeció. Sus ojos almendrados miraron a su matr buscando ayuda.

—Sabes que no debes salir sin nosotros. Hay muchos peligros allá afuera, la ira de lo aldeanos es lo de menos, ¿qué pasaría si la niebla te atrapa?

—¡Eas!, la espantarás con esas historias.

—¡No son historias! Desde hace haabs han desaparecido niñas de los poblados cercanos. La gente dice que es un ser de umbre con apariencia maligna, la lengua negra y el pelo descuidado.

Leta se estremeció, colocó a Uxta en el piso y se acercó a su marido para tranquilizarlo. La pequeña corrió hacia a Amarilis y le quitó la pañoleta, festejando con palmadas su hazaña. Eas gruñó.

Amarilis evitó la mirada de su patr. Sabía cuál era su reacción cuando traía descubierto el cabello, y antes de que explotara, tomó la prenda odiada y corrió hacia la casa.

En el cuarto que les servía de cocina y estancia, cinco chiquillos acomodaban los trastes en una rudimentaria mesa de madera. Tenían el cabello rubio y la tez clara de sus paters. Miraron a Amarilis y se rieron del aspecto que traía con aquel paño a medio acomodar y la melena enredada. Ella se arregló el cabello y se sentó a la mesa enfurruñada.

Más tarde, sin la presencia de su esposo ni de los niños, Leta intentó inútilmente platicar con Amarilis para aconsejarle la manera de realizar el cambio de niña a mujer, pero ella se apartó evitando cualquier

acercamiento. Salió de la casa hacia su refugio secreto, un punto alejado de la granja y cerca del bosque, un lugar donde podía dejar respirar su cabellera.

Se sentó en lo alto de una roca. Desde ahí, su casa parecía un punto blanco en medio de un mar verde. Era el lugar perfecto para espiar cuando Eas dejara de trabajar en los plantíos. Con gesto rebelde se quitó la pañoleta, su melena roja se extendió como el fuego y sus ojos tomaron el mismo tono del cabello. Múltiples seres se acercaron a ella: insectos, aves, pequeños mamíferos, algunos reptiles y docenas de seres pequeñitos con alas, antenas, cuernos y colores diversos que sólo ella podía ver.

-¿Me tardé? Lo siento — expresó mientras empezaba su rutina de sanar alas y patas lastimadas, devolver nidos al árbol y alimentar a los animalitos — Pa está muy cambiado. No sé qué le sucede...yo...estoy segura de que no le importo.

Un búho ululó desaprobatoriamente desde un tronco viejo.

— ¡Es verdad! Me tiene encerrada, yo...tengo que escaparme para venir a verlos.

Una ardilla regordeta se subió a su regazo emitiendo un sonido agudo, y el petirrojo interrumpió trinando.

—¿Cambios? No sigan con ese tema. El Anciano dice que mi cuerpo se transforma porque se acerca la celebración de mi nacimiento... —hizo una pausa reflexiva—. Naaa, no es eso, el aire tiene un aroma diferente. Y mis sueños... Con un gesto brusco, se retiró de los ojos un mechón de cabello como si quisiera alejar así los miedos de su mente. Miró hacia el horizonte, a la gran cordillera que rodeaba el valle. Delante de aquellas montañas azules estaba la Gran Ciudad. Después miró hacia atrás a donde estaban las montañas violetas de las que nadie hablaba. ¿Qué lugares y personas existirían ahí? —Seguro que su vida es más interesante que alimentar y ordeñar a las ovejas —pensó. Más Amarilis ignoraba que aún la gente sencilla puede tener una vida complicada.

Eas intentaba olvidar sus temores por medio del trabajo duro. Intentaba olvidar que el tiempo no puede detenerse, y que mientras se preparaban para festejar el segundo aniversario del nacimiento de una hija, en esa misma fecha podría llorar la pérdida de la otra. Saltaba nervioso con cada ruido extraño o con los movimientos repentinos entre las plantas. Él sabía que aunque no quisiera ver, ella se aparecería en cualquier momento.

Y así fue.

Kin del espejo, maas11del Olmo, diesmilésimo haab d.s.

No me gusta tener más haabs Ma me regaló este rollo de cuero pa que escriba qué siento Mis paters dicen que he cambiado Ellos ya no son iguales conmigo Yo siempre tengo hambre Me duele el pecho y el estómago Mañana iré con el Anciano y no saldré del templo hasta que me diga la verdad sobre mis sueños.

Capítulo 4 "La Huida"

Leta despertó a su hija, moviéndola con suavidad y le hizo una seña para no despertar a los niños.

Amarilis obedeció, acurrucándose en el carretón. Presentía qué su vida ya no sería igual.

Cambios.

Nunca le habían agradado. Quería huir de ellos, seguir siendo la niña que correteaba entre los plantíos de cebada y se sentaba en el regazo de su patr a escuchar historias. Ahora, ¿qué pasaría con ella? Sintió miedo. Gruesas lágrimas mojaron su rostro. El llanto y el vaivén del carretón la arrullaron hasta dejarla dormida. Afuera, una neblina oscura parecía seguirlos. Eas venía sumido en sus pensamientos. Hacía tiempo que temía la llegada de este momento. Durante doce haabs había luchado para que la gente de la aldea aceptara a esta niña de piel bronceada que él había encontrado.

El Anciano le había aconsejado que la mantuviera alejada de las miradas curiosas de los aldeanos. Procuraba mantenerla en casa, pero encerrarla era imposible; tanto como querer guardar el agua dentro del puño de la mano. Ella era un ser libre, demasiado grande para un lugar tan pequeño.

La mente de Eas voló al pasado. Aquel kin, cruzaba el bosque, quejándose de que los Dyus no le hubieran concedido hijos, cuando vio a una pequeña de ojos rojos y melena de fuego. Por un momento no supo qué hacer, pensó en seguir su camino, pero aquella carita sucia y llorosa le ablandó el corazón icon cuánto miedo y delicadeza la cargó para llevarla con el Anciano! Él le explicó que la niña pertenecía a una raza antigua de la que se sabía muy poco.

— ¿Es peligrosa?, ¿puedo quedarme con ella?

— No es una mascota, Eas, ni tampoco una criatura común. Dependiendo de la herencia del pater, la niña tendrá más o menos poder igneo.

Veamos si puede tolerar el agua.

El Anciano mojó un lienzo de algodón y tocó suavemente el cabello y diferentes puntos del cuerpo de la niña. Ella ignora el lienzo y se entretuvo jugando con las barbas del viejo. El trozo de tela limpió la suciedad de manos y rostro sin dañarla; después, el Anciano la sumergió en una tinaja llena de agua.

Las llamas del cabello sisearon y bajaron su intensidad.

— Tiene poca esencia ignea —murmuró el viejo—. Puedes quedártela y criarla como a cualquier niña; nadie debe saber quién es, ni siquiera ella misma.

Tráela siempre con una pañoleta en la cabeza que teñirás con estas plantas, porque los ojos de esta raza adoptan el color de lo que toque su frente.

El Anciano le advirtió que nunca debería cortarle el cabello, y le aconsejó que cambiara sus pertenencias por la parcela localizada en las afueras de la aldea, cerca del bosque. Le comentó que en ese lugar podría criar la abundante prole que vendría. Por último observó el medallón que colgaba del cuello de la niña.

—Llámala Amarilis, como la flor de su medallón —le aconsejó—. Algo más, cuando la niña haya despertado sus habilidades igneas, tu mujer será capaz de engendrar una niña, mientras eso no suceda tendrás solo varones. Antes de que tu hija biológica cumpla dos haabs llevarás a Amarilis a donde su gente lo indique.

Ese temido kin había llegado. Eas dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas. Amaba a esa niña como si fuera suya, pero su gente la había reclamado.

De manera clara le habían dibujado en el aire el lugar a donde debería llevarla. Fueron enfáticos: el viaje debía ser esa noche, y a un espíritu ígneo no se le contradecía jamás.